

Brasil, por la energía

Seguridad energética y política regional

Alfonso Daniels

Un hombre con barba blanca y gafas caminaba rápido saltando sobre charcos inmundos en medio de la penumbra en el Barrio Herrera, uno de los más miserables y peligrosos de Asunción en Paraguay, rodeado de decenas de seguidores tocando tambores, agitando banderas, algunas de ellas con la estrella roja, y gritando “El pueblo unido jamás será vencido”. Es difícil imaginar que este hombre, el ex obispo católico Fernando Lugo, de 56 años, ganador de las elecciones paraguayas del pasado abril, haya reabierto, antes incluso de llegar a la presidencia, el debate energético con su gran vecino, Brasil.

Lugo se ha comprometido a que el próximo 15 de agosto, cuando asuma la presidencia de Paraguay –uno de los países más corruptos del mundo, donde un tercio de sus 6,5 millones de habitantes vive con menos de dos dólares al día y con dos millones de ciudadanos en exilio económico– planteará a Brasilia la renegociación del contrato o el incremento del precio de la energía que vende a Brasil la central hidroeléctrica de Itaipú, situada en territorio pa-

raguayo. La de Itaipú suministra alrededor del 20 por cien de las necesidades de energía eléctrica brasileñas.

El acuerdo firmado entre Paraguay y Brasil en 1973, en tiempos de la dictadura militar y vigente por medio siglo, divide en partes iguales entre los dos países las 20 turbinas generadoras de energía de la central. Paraguay sólo consume energía de una de ellas, con lo que cubre el 95 por cien de sus necesidades energéticas, y vende el resto a su vecino, a precios considerados por la mayoría de los expertos por debajo del mercado. Brasil, por su parte, recuerda que fueron ellos quienes cubrieron el coste de construcción de la central.

“El tema es el precio de la energía que se dona, se regala a Brasil a precio de coste y Paraguay reclama el precio de mercado”, afirma Lugo en la sede de su movimiento, la Alianza Patriótica para el Cambio. ¿Y si el presidente brasileño, Luiz Inácio Lula da Silva, no aceptara ningún cambio? “Esto, racionalmente, es inaceptable (...) Paraguay está dando su energía a Brasil a 2,8 dólares por megavatio/ho-

Alfonso Daniels, periodista especializado en asuntos latinoamericanos, colabora regularmente en *The Sunday Telegraph* y *The Observer*. (alfonsodaniels@inmoplay.com).

ra y Brasil se lo da a Argentina a más de 100 dólares. Hermosa diferencia”, responde Lugo.

El terremoto político y mediático que la postura de Lugo provocó en Brasil muestra que la energía es en el futuro inmediato un obstáculo en la carrera del gigante suramericano por convertirse en potencia regional y en el *país do futuro*.

Como señala Marianne Wiesebron, del departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Leiden (Holanda), desde los años treinta del siglo XX, la energía y las infraestructuras han sido los dos pilares del desarrollo brasileño. En la década de los cincuenta se crearon Petrobras y Eletrobrás, las compañías estatales de petróleo y electricidad, respectivamente. Las crisis del petróleo de los años setenta reforzaron aún más las políticas energéticas orientadas a la seguridad y la autosuficiencia. Fue precisamente en esta década cuando el gobierno apostó decididamente por el etanol como combustible complementario al petróleo. Desde entonces, la industria brasileña del etanol, procedente de caña de azúcar, se ha convertido en la más desarrollada y competitiva del mundo, y el país es el mayor productor y exportador de este biocombustible.

También en los setenta, y de la mano del gobierno alemán, se pusieron en marcha los primeros proyectos de energía nuclear. Aunque con fuertes inversiones tecnológicas en los últimos años –en mayo de 2006 se inauguró la primera planta para enriquecer uranio–, el nuclear sigue siendo marginal en el *mix* energético de Brasil. El objetivo es producir en 2017 suficiente uranio enriquecido para abastecer a las tres centrales nucleares del país.

Según la Agencia Internacional de la Energía (AIE), el *mix* energético de

Brasil en 2006 se componía en un 38,4 por cien de petróleo, un 15 por cien de hidroeléctrica, un 13,7 de combustible derivado de la madera, un 13,1 de etanol, el 9,1 de gas, el 6,4 de carbón, el 2,9 de fuentes renovables y el 1,4 por cien de energía nuclear. Pese al etanol y la autosuficiencia en petróleo, la hidroeléctrica y el gas siguen siendo las principales fuentes energéticas para la industria brasileña. Y en estos sectores, la colaboración regional, especialmente con Paraguay, Bolivia y Venezuela, es fundamental. Según la AIE, Brasil es, después de Canadá, el mayor productor de energía hidroeléctrica. Pero el incremento de la demanda de electricidad, de un cinco por cien al año hasta 2012, va por delante de la capacidad de producción de las centrales hidroeléctricas actuales, lo que supone una preocupación inmediata para el gobierno.

La estimación de crecimiento del PIB para 2008 es del cinco por cien, una tasa por debajo de países como Rusia, India y China, pero igualmente alta para un país en desarrollo, teniendo en cuenta la crisis internacional. La moneda brasileña, el real, ha alcanzado recientemente su mayor cotización frente al dólar en nueve años, la inflación está controlada y las exportaciones, desde soja hasta naranjas, siguen boyantes. El país tiene una nueva generación de millonarios. Por otra parte, se estima que 20 millones de brasileños han salido de la pobreza gracias a créditos, ayudas sociales y ventajas fiscales, al tiempo que está creciendo una clase media que estimula el consumo.

Según la AIE, en 2006 Brasil ya era el décimo país consumidor de energía. La posibilidad de un recorte o una interrupción del suministro por parte de sus vecinos, particularmente Paraguay y Bolivia –que satisface el 50



NORBERTO DUARTE / AFP / GETTY IMAGES

Energía común. Manifestación en protesta por el acuerdo entre Brasil y Paraguay sobre la central hidroeléctrica de Itaipú (Asunción, 11 de marzo de 2008)

por cien de la demanda brasileña de gas— preocupa sobremanera al gobierno brasileño. Lula intenta evitar una situación similar a la de hace seis años, cuando los cortes de suministro eléctrico provocaron un bajón de la economía y contribuyeron a que el gobierno de entonces, en manos del Partido de la Social Democracia Brasileña, perdiera las elecciones frente al Partido de los Trabajadores (PT) de Lula.

El ministro de Minas y Energía, Edison Lobão, ha afirmado que Brasil no padecerá un déficit energético: “No seremos sorprendidos por la falta de energía, el PIB del país puede crecer un cinco por cien y la producción de energía el 4,3 o el 3,5 por cien, estamos previendo todo esto”. Sin embargo, algunos hechos ponen en duda estas estimaciones: la falta de lluvias ha reducido las reservas de agua de las presas que proveen la mayoría de la

energía eléctrica del país. A ello se suman retrasos en proyectos de nueva generación de capacidad energética e interrupciones en el suministro de gas desde Bolivia.

Ni siquiera el descubrimiento reciente de los inmensos campos petrolíferos y de gas, a unos 250 kilómetros de la costa del Estado de São Paulo, parece haber calmado a las autoridades brasileñas. La petrolera estatal, Petrobras, anunció en noviembre de 2007 el hallazgo de Tupi, una gigantesca reserva donde se calculan entre 5.000 y 8.000 millones de barriles de petróleo, que podrían aumentar en un 50 por cien las reservas de crudo del país. Al lado de Tupi se encuentra el campo Carioca o Pão de Açúcar, que podría ser aún mayor. En la misma cuenca marina de Santos se ha descubierto este invierno una gran reserva de gas natural llamada Júpiter. Petro-

bras ha adelantado que estos campos pueden convertir a Brasil en uno de los países con mayores reservas de hidrocarburos en el mundo. Pero están en aguas muy profundas y llegar a ellos supone un reto incluso para Petrobras, con su prolongada experiencia en este tipo de yacimientos. En Tupi, por ejemplo, es preciso atravesar una extensa capa de arena, roca y sal situada a unos 5.000 metros de profundidad para llegar a los yacimientos.

Además, tal como señaló Paulo Metri, experto de la Federación Brasileña de Ingenieros, los descubrimientos de gas y petróleo y la energía nuclear –también en desarrollo en Brasil– no suplirán las actuales fuentes de energía eléctrica, fundamentalmente hidroeléctrica, ya que son proyectos con un tiempo de desarrollo de medio-largo plazo. “El riesgo de desabastecimiento de energía es alto a corto plazo, hasta 2010 o 2012. Ha transcurrido demasiado tiempo sin tomar decisiones. Si consideramos que el 85 por cien de la electricidad brasileña es hidroeléctrica y que esto no va a cambiar, entonces somos muy vulnerables si sufrimos periodos de sequía en los próximos cinco años”, afirma Metri.

Antes de que sus proyectos nucleares y petrolíferos den rendimientos, Brasil necesita recursos energéticos a corto plazo. De ahí que el gigante brasileño esté impulsando, por primera vez desde los años setenta, cuando se construyeron las grandes presas de Tucuruvi y Balbina, una nueva generación de centrales hidroeléctricas. Estos proyectos han abierto un intenso debate medioambiental tanto en Brasil como en los países vecinos. Un ejemplo es el impulso brasileño a la aprobación y licitación de las represas de Santo Antonio y Jirau, en el río Madeira, afluente

del Amazonas, en el Estado de Rondonia, fronterizo con Bolivia. Se trata de la iniciativa más importante en el área energética brasileña para los próximos años. Se prevé que estos proyectos generen 6.450 megavatios de energía, y requerirán una inversión de más de 10.000 millones de dólares. La electricidad de Santo Antonio estaría disponible en 2012 y proveería un cuatro por cien de las necesidades de energía eléctrica brasileñas, porcentaje similar al de Jirau, que estaría en funcionamiento un año después.

Brasil ha seguido adelante con este proyecto a pesar de que su propia agencia de control medioambiental, Ibama, aseguró a comienzos de 2007 que los estudios medioambientales estaban incompletos y que no se habían analizado suficientemente las consecuencias transfronterizas. Bolivia teme que las presas inunden una parte de su territorio y supongan la desaparición de especies únicas de peces migratorios, así como un aumento de la incidencia de enfermedades como la malaria debido a las aguas estancadas.

Según Jorge Molina, ex director del Instituto de Hidráulica e Hidrología de la Universidad Mayor de San Andrés en Bolivia, “nadie sabe cuánto territorio boliviano será inundado. Cuando salió el informe del Ibama la reacción del gobierno brasileño fue cambiar el equipo que lo redactó”. La entonces ministra de Medio Ambiente, Marina Silva, acérrima defensora de la selva amazónica y crítica con muchos aspectos de la política medioambiental del gobierno brasileño, renunció a su cargo en mayo.

Sin embargo, pocos esperan que el gobierno boliviano se oponga a los planes brasileños. El presidente de Bolivia, Evo Morales, atraviesa un momento crítico debido a la alta infla-

ción –que afecta principalmente a sus partidarios de El Alto, cerca de La Paz–, a las acusaciones de corrupción, las luchas internas en el gobierno y a los referendos autonomistas de los departamentos de Santa Cruz, Beni, Pando y Tarija, donde se sitúan las mayores reservas de gas del país. Bolivia atraviesa una crisis política que enfrenta al poder central con el regional, contrario a Morales en seis de los nueve departamentos del país. En este contexto, el presidente, el vicepresidente y los prefectos de los departamentos afrontarán el 10 de agosto un referéndum revocatorio o ratificador de su mandato.

A la debilidad del gobierno boliviano contribuye que las promesas de su aliado ideológico y segundo gigante energético suramericano, Venezuela, no se hayan traducido en proyectos concretos. El apoyo del presidente venezolano, Hugo Chávez, se ha limitado hasta ahora a financiar médicos y trabajadores sociales cubanos, proporcionar cheques de 10.000 dólares para fines varios y enviar tractores coproducidos con Irán que, al ser demasiado ligeros, resultan prácticamente inútiles en el duro terreno del altiplano boliviano, para frustración de los campesinos.

Ante los cambios políticos en la región, Brasil ha tenido que llegar a compromisos en materia energética. Así sucedió en 2006, tras la sorpresiva nacionalización de los hidrocarburos anunciada por Morales. El gobierno brasileño negoció con Bolivia durante casi tres meses un nuevo acuerdo para la petrolera estatal, Petrobras (según la AIE, las actividades de Petrobras en Bolivia contribuían en ese momento a un 18 por cien del PIB de Bolivia). Un alto diplomático brasileño asegura que la comprensión mostrada por el go-

bierno de Lula en esa ocasión se debió al temor de que el país andino estuviera al borde de un estallido social. Apoyar al nuevo gobierno boliviano fue visto como un mal menor.

Con respecto a Paraguay, la actitud de Brasil fue radicalmente opuesta cuando el candidato Lugo prometió abrir una nueva negociación sobre los precios de la energía suministrada por la central de Itaipú. Al contrario de Bolivia, la cancillería brasileña no consideraba que Paraguay estuviese al borde de un conflicto civil. Por ello, Lula intentó ignorar a Lugo y sus propuestas. Sólo pocos días antes de las elecciones, el presidente brasileño accedió a reunirse con el candidato. Un cambio de postura que, según fuentes diplomáticas, se produjo cuando Brasilia se dio cuenta de que la victoria de Lugo era inevitable.

Según Ricardo Canese, asesor económico de Lugo, “Lula nos dijo que Brasil no crecerá a costa de la costilla de Paraguay, aunque Brasil, como China, necesite energía desesperadamente”. Pero admitió que el cambio de postura brasileña se debió a que “veían que Lugo iba a ganar y el PT tiene muy buena relación con nosotros”. El siguiente paso en la aceptación de la nueva realidad paraguaya tuvo lugar en un encuentro entre Lula y Lugo en mayo, durante la V Cumbre América Latina, el Caribe, Unión Europea, donde ambos líderes acordaron negociar el precio de la energía de Itaipú, según el director brasileño de la central hidroeléctrica, Jorge Samek. Con la elección de Lugo, Brasil habría aceptado que el auge nacionalista en la región, especialmente en Bolivia y Paraguay, ha cambiado las reglas del juego.

Por otra parte, los planes hidroeléctricos de Brasil empiezan a ser criticados por sus vecinos y en el interior

del país debido a sus implicaciones medioambientales. El pasado mayo, más de un millar de indígenas y activistas medioambientales protestaron en Altamira, en el Estado de Pará, al norte de Brasil, contra la construcción de la represa de Belo Monte, en el río Xingú en el Amazonas. Este proyecto, bajo los auspicios de la empresa de electricidad estatal Eletrobrás, supondría la construcción de la mayor central hidroeléctrica del mundo, tras la presa de Las Tres Gargantas, en China, y la de Itaipú. Sin embargo, los activistas advierten de que el proyecto inundará los hogares de 16.000 personas, secará ríos y abrirá el terreno a una deforestación masiva.

El proyecto ha generado tal tensión que un funcionario de Eletrobrás, Paulo Fernando Rezende, fue atacado por algunos indios kayapó. Protestas similares forzaron el abandono de un proyecto energético parecido en 1989, cuando las imágenes de mujeres

kayapó blandiendo un machete en la cara del actual presidente de Eletrobrás dieron la vuelta al mundo. Pero ahora pocos creen que el gobierno brasileño vaya a dar marcha atrás, especialmente tras la reciente dimisión de la ministra Silva.

Frente al fantasma de la escasez de energía eléctrica en el futuro cercano, la decisión de Brasil de seguir adelante con los megaproyectos de construcción de centrales hidroeléctricas parece imparable. La incógnita es a qué coste medioambiental y cuáles serán las consecuencias en las relaciones con sus vecinos.

Por su situación regional, los proyectos energéticos existentes y futuros y sus implicaciones en el medio ambiente, Brasil será un actor destacado en una integración energética regional que se presenta inexorable.